



NO SEAMOS VENGATIVOS

Todos somos muy sensibles a lo que se hace con nosotros. Somos sensibles al aprecio o al desprecio. Nos afecta la gratitud o la ingratitud. Y es normal. Incluso vemos en el Evangelio cómo a Jesús le afectaba también. Cuando Judas le traiciona, le dice: "Judas, amigo, ¿con un beso me entregas?". O cuando curó a aquellos diez leprosos y sólo uno volvió a darle gracias, dice: "¿Y los otros nueve, dónde están?" Sí, también era sensible Jesús al aprecio o al desprecio.

Ahora bien, cualquiera de estas cosas, podemos aceptarlas de una forma o de otra, según sea nuestra humildad o nuestro amor propio.

A veces puede tratarse de ofensas reales que nos han hecho, de cosas que han dicho de nosotros. Otras veces, en cambio, sólo se trata de algo que hemos interpretado mal. Hemos visto mala intención donde no la había. Nuestro amor propio actúa, agranda las cosas, desata la imaginación.

¿No te gustaría tener un corazón grande y generoso, capaz de perdonar y olvidar? Sin duda es ésta la lección más maravillosa del Evangelio de Jesús. No ser vengativos. Saber perdonar las ofensas. Más aún, saber devolver bien por mal.

Dice Jesús: "Porque si sólo queréis a los que os quieren ¿qué hacéis de especial? Eso también saben hacerlo los paganos y los pecadores. Vosotros, en cambio..." Ahí está lo original del Evangelio.

Jesús, con sus palabras y con su ejemplo, nos enseñó, no sólo a no ser vengativos, sino a saber devolver bien por mal. Ahora bien, estos frutos sólo los produce el corazón humano con la gracia de Dios. Y a base de ejercicio. Ejercicio de virtud en las pequeñas o grandes oportunidades que nos va ofreciendo la vida casi a diario; la vida de familia, cualquier tipo de convivencia con los demás. Sin este ejercicio, lo que sale espontáneo es el resentimiento, el rencor, la venganza.

Habéis oído muchas veces a los niños, porque son muy espontáneos, diciéndose, cuando algo les ha sentado mal entre sí: "pues ya verás ahora, pues ya verás, ya me las pagarás..."

En los mayores no es extraño encontrar a veces resentimiento y rencor: entre personas, entre familias. Pues bien, ¿no podríamos hacer este ejercicio de saber olvidar, de saber perdonar, de saber dar el primer paso?

Decía S. Juan de la Cruz: "Dónde no hay amor pon amor y sacarás amor". Y añadía: "porque al final de esta vida seremos examinados de amor".

Estel Forja

EL SANTO ERUDITO

Beda el Venerable, nació en Northumbria (Inglaterra) en el año 673, siendo confiado a los siete años para su formación a la escuela monástica del recién fundado monasterio de Wearmouth y, al poco tiempo, trasladado a Jarrow. El joven siente la vocación monacal y profesa en el monasterio, donde a los 29 años es ordenado sacerdote. Fue un monje perfecto: dedicado al estudio de la Sagrada Escritura, a la observancia regular, a la caridad fraterna con los demás monjes y a hacer todo el bien que estuvo en sus manos como guía espiritual y como maestro. Escribió la *Historia de la Iglesia y del pueblo de Inglaterra* y se ocupó también de los primeros abades de sus monasterios de Wearmouth y Jarrow. Como él mismo dijo, su gozo estuvo en aprender, enseñar o leer. Además de gramático, historiador y poeta, fue un excelente teólogo, y es sin duda el inglés más influyente de su tiempo en la cultura cristiana. Murió lleno de virtudes en la paz del Señor en Jarrow en el 735. Tiene el título de doctor de la Iglesia que le otorgó León XIII en 1899.

«Si Dios me diese a elegir entre crear un nuevo universo y perdonar los pecados, elegiría lo segundo».

S. Agustín

¿Y SI COMPRÁSEMOS UN BILLETE?

Quizás conozcáis la historia de aquel pobre hombre. Había sufrido muchas adversidades, así que se dirigió a Dios: «Señor, por favor, al menos haz que me toque la lotería». Las cosas le iban de mal en peor, pero él no dejaba de rezar: «Señor, ven en mi ayuda, haz que me toque la lotería». Y día tras día elevaba hacia el cielo su oración: «Señor, ayúdame, haz que me toque el premio gordo...» Una noche lo despertó la voz del Señor: «Yo lo estoy deseando, pero tendrías que ayudarme un poquito: ¡al menos, cómprate un billete!»

¿No provendrán de ahí nuestros males?

Raro es el día que no leemos en grandes titulares de los periódicos: «Cunde la violencia en los colegios y en los institutos», «Tensiones y tirantez en los despachos», «En las empresas se endurecen las tensiones entre los obreros», «Se multiplican las agresiones en los barrios y en los transportes», «Trampas en los concursos», «Los recursos a los tribunales aumentan exponencialmente», «Los abuelos sufren porque no les dejan ver a sus nietos», etc.

¿No será porque hemos reducido al mínimo lo espiritual?

¿QUIÉN LO IBA A DECIR?

Cuando los padres de la niña Inés Bojaxhiu llevaron a su hijita recién nacida a la iglesia de Skopje, en Albania, y se la presentaron al párroco para que la bautizase, querían para ella ese surtidor de vida eterna que Jesús prometió a los que creyeran en él. Pero lo que no podían imaginarse era que, con el correr de los años, aquella fuente se iba a convertir en un inmenso río que apagaría la sed, no sólo de millones de católicos como ella, sino de millones y millones de personas de otras religiones, de otras convicciones, de jefes de Estado o de parias, de altos dignatarios o de leprosos, de adultos o de niños. Hoy en día, todo el mundo conoce a Inés Bojaxhiu, que no es otra que la Madre Teresa de Calcuta. Su gran irradiación la sacó de su bautismo y la alimentó en la eucaristía, la confesión y la oración.

LA TRAMPA

Ser esclavos del tiempo y de lo pasajero puede ser la gran trampa. El tiempo debe ir detrás de nosotros no nosotros detrás del tiempo. Si el tiempo es oro - buen consejo para los perezosos- no olvidemos que existen también cárceles de oro.

San Gregorio Magno nos invita a poner de verdad el corazón en lo que no pasa. *"Considerad bien qué poco valor tienen las cosas que pasan con el tiempo. El fin que tienen todas las cosas temporales os manifiesta cuán poco vale lo que pasa. Fijad vuestro amor en el amor de las cosas que perduran"*.

TODO ES GRACIA

Al final de la película *El Oso*, de Jean-Jacques Anneau, hay una secuencia sublime, aunque angustiada. En ella vemos a un puma hambriento persiguiendo a un osezo durante varios minutos. Se acerca a él peligrosamente. Finalmente, el osezo se ve obligado a encaramarse a un peñasco del río. Utiliza todos sus recursos y, contra toda esperanza, chillando y enseñando sus pequeños colmillos, hace huir al puma... Se nota en él un sentimiento de orgullo... Entonces se vuelve, la cámara hace ese mismo movimiento, y detrás de él se ve a un oso enorme y terrible. Entendemos así por qué se fue el puma. También nosotros creemos que hacemos, que nos movemos, que trabajamos, que protegemos, que servimos, que ayudamos... En realidad, es el Señor quien nos concede hacer, y sobre todo amar.

LA HISTORIA DEL DOCTOR MURUGAPPA MODI

El joven Murugappa Modi, nacido en familia modesta y dotado de una inteligencia sobresaliente al servicio de una voluntad potentísima, avanzaba seguro, por los estudios de la medicina, hacia un porvenir muy halagador, tanto por el rango social como por la abundancia de dinero.

Pero en agosto de 1942 asistió a la famosa Asamblea de oración celebrada en Bombay. Escuchó y meditó la conferencia pronunciada allí por Gandhi, que para su querida patria, la India, propugnaba -siempre por medios pacíficos, nunca por la violencia- la independencia, que quedaría lograda cinco años después. También Gandhi consagraba su vida a la dignificación de los indios pertenecientes a la casta más baja, los parias, y afrontaba cualquier sacrificio con tal de conseguir que les fuesen reconocidos sus derechos de hombres, como a los demás ciudadanos de la India.

Murugappa Modi se sintió conmovido, subyugado, por las palabras de Gandhi y por su manera de vivir, terriblemente austera para sí mismo y totalmente consagrada en beneficio de los demás. Allí mismo dio por muerta su ilusión de hacerse muy rico, y decidió escogerse un porvenir totalmente opuesto. El mismo lo describirá años más tarde:

"Comprendí que debía dedicar mi vida a los ciegos... Unos no tienen dinero para acudir a los médicos; otros necesitan vender sus joyas o ganados para cubrir los gastos del tratamiento y los viajes a las clínicas. Era yo el que debía ir a buscarlos y curarlos..."

Y, en efecto, fue a buscarlos. Empezó viajando en bicicleta, en autobús, y hasta en carro de bueyes. En cada pueblo permanecía algunos días, operando ojos torcidos, cataratas, desprendimientos de retina, haciendo transplantes de córnea... siempre con buen éxito, y siempre habiendo avisado de antemano a los pacientes: «Nada teñéis que pagarme».

Los aldeanos curados por él son sus mejores propagandistas; empiezan a llamarlo «el Hermano que devuelve la visión a los ciegos». Algunos le preguntan: « Si eres médico tan experto, ¿por qué no cobras tus honorarios?» Hay quien paga las facturas del colegio de su hijo; y él dice: «Procuró servir a los pobres, y Dios cuida de mi familia y de todo lo demás». Con setenta y dos años montó el hospital móvil de ojos mayor del mundo.

El gobierno de la India le ha condecorado dos veces y cuando le hablan de jubilación contesta: "¿Cómo voy a descansar si en cada minuto que trabajo puedo salvar la vida de un pobre campesino? Mi mayor deseo es ser útil a los demás hasta el último momento de mi vida. Veo a Dios en mi enfermo; cada aldea a la que llego es mi punto de peregrinación".

